

§ IV.

Una indecible tristeza oprimió el corazón del padre guardian cuando vió que volvía á llamar á la puerta del convento su antiguo huésped y amigo, llevando impresa en su frente la huella de las fatigas y de la pobreza. Cuando supo que aquel grande hombre, cansado de luchar contra el desden de los sabios y las contemporizaciones de la corte, estaba decidido á dejar á España, y enriquecer con sus ideas á otra nacion, se conmovió su patriotismo tanto como su amistad. Tembló por su país; temió verle irremisiblemente privado de la gloria y prosperidad que le adquiriría semejante empresa. Suplicó á Colon que suspendiera su partida y que descansara algun tiempo á su lado.

Juan Perez pedia un favor á su amigo, á su discípulo en San Francisco, y éste no podía negárselo. Por otra parte, Colon conocía que la paz del claustro le sería saludable; tenía necesidad de recoger su espíritu, de aliviarse por medio del reposo del claustro de las fatigas del mundo, de rejuvenecer allí sus esperanzas, de fortalecerse en su vocacion extraordinaria, de sacar de aquel misterioso manantial nuevas fuerzas contra los desdenes y las luchas que quizas le esperaban todavía en otra parte.

El padre Guardian de la Rábida había aceptado hasta entónces por simpatía y convicción el proyecto de Colon. Había juzgado intuitivamente, y había creído en él por sí solo, sin extrañas influencias. Sin embargo, al considerar que por dos veces la Junta de cosmógrafos había desechado las ideas de su huésped, hizole pensar su modestia que se habría engañado quizas; que habría tomado sus deseos por razones, y estas por la verdad misma; y que la ciencia, libre de ilusiones y engañosos atractivos, desmentía sus alhagüenas esperanzas. Á fin de fijar sus dudas, quiso que el proyecto de Colon fuese examinado por otro, y mandó llamar en seguida al médico de Palos, García Hernández, matemático muy versado en la Cosmografía. Los tres juntos conferenciaron acerca de ese plan, objeto de tantas disensiones. La opinion de García Hernández se halló absolutamente conforme con la del sabio franciscano. El proyecto pareció fundado y su ejecucion practicable (1).

(1) Injustamente los historiadores modernos, entre otros Washington Irving, asaz ligeramente creído por los que le han copiado, han escrito que el marino de Palos, Martín Alonso Pinzon, fué llamado al convento para esta discusion. De varios documentos resulta que en dicha época Martín Alonso Pinzon se hallaba en Roma. Colon no estuvo en relaciones con él hasta primeros de julio de 1492.

Desde entónces para el Guardian de la Rábida no era ya ocasion de orar ó discutir. Ahora convenía obrar. El padre Juan Perez resolvió escribir él mismo directamente á la reina. Pero á fin de evitar que su carta tuviera la suerte harto comun de la correspondencia entregada á los secretarios, pensó hacerla entregar por una persona adicta en manos propias de Su Alteza. El ascendiente del padre Juan Perez sobre los marinos del litoral le permitió, de acuerdo con García Hernández, escoger un mensajero que, en caso necesario, pudiera servir hábilmente de defensor. Confiaron la carta á uno de los más pudientes de Lepé, el piloto Sebastian Rodríguez, quien, por su trato y cierta especial habilidad de antesala, había sabido adquirirse relaciones en la Corte.

Ésta se hallaba entónces en el campamento, y éste, á consecuencia de un accidente acababa de transformarse en ciudad. En la noche del 18 de julio se había pegado fuego al pabellon de la reina, y se propagó despues á todas las tiendas de campaña, con gran júbilo de los moros que fundaron sus esperanzas en este siniestro. Para probar la reina su inmutable resolucion de no levantar el sitio sino despues de sometida Granada, mandó reemplazar con piedra y leña los provisionales albergues del campamento. Bajó la direccion de semejante arquitecto, en pocas semanas levantó el ejército una verdadera ciudad en forma de Cruz, la más regular tal vez y mejor alineada de toda España. Los caballeros querian adornar con el nombre de Isabel aquella monumental improvisacion de su valor y constancia; pero la modestia de la reina le impidió aceptar aquel homenaje, y manifestando su deseo de que la nueva ciudad llevara el nombre de su origen, la llamó ciudad de Santa Fe.

Con maña obtuvo el piloto el favor de entregar á su soberana la carta del guardian de la Rábida. El franciscano había consignado en ella su celo de la gloria del Redentor, su patriotismo y su adhesion á la reina.

Al cabo de catorce días el piloto estuvo de vuelta en la Rábida, siendo portador de un mensaje real. Agradeciendo Isabel sus intenciones á su antiguo confesor, le invitaba para que, luégo de recibidas aquellas lineas, fuera á reunirsele, y le autorizaba, desde aquel momento, para reanimar las esperanzas de Colon, en tanto que recibía otras noticias. Estas palabras de la reina llenaron de alegría á la reducida comunidad y á su huésped.

Colon corrió en seguida á Moguer para suplicar á un excelente hombre, Juan Rodríguez Cabezudo, que le prestara su mula para el padre Guardian de la Rábida, llamado repentinamente por Su Alteza al campamento de Granada. Cabezudo, que era muy buen vecino del sacerdote Martín Sánchez, amigo de Colon, le hizo dicho favor de muy buena gana (1). El padre Juan Perez de Marchena partió secreta-

(1) Esta circunstancia certificada en justicia por el mismo Cabezudo, nos dice la pobreza del convento

mente del convento, sin linterna, un poco ántes de media noche, á pesar del riesgo de caer en alguna emboscada ó en manos de merodeadores, atravesó valientemente las tierras enemigas, confiando en Dios, y, apresurando el paso, llegó sin novedad á la ciudad de Santa Fe.

Para que la reina escuchara aquella proposicion en semejantes momentos, y se ocupara tambien, enteramente sola, en un plan condenado por la Junta de sabios, era preciso que sintiera muy poderosa inclinacion hacia aquella empresa. El ocuparse todavia en dicho proyecto en medio de sus dificultades pecuniarias y de su incertidumbre acerca del término de la campaña, era una muestra muy significativa de la adhesion instintiva de su corazon á aquella empresa.

Nadie como el Guardian de la Rábida se hallaba en estado de exponer la sublimidad de la idea de Colon á la inteligente Isabel. No sólo podía discurrir sobre su proyecto, sino que le era fácil revelar la predestinacion y ensalzar las santas intenciones del hombre que la Providencia la enviaba, en recompensa de sus virtudes, para eternizar su gloria.

Por esto el franciscano obtuvo un resultado feliz.

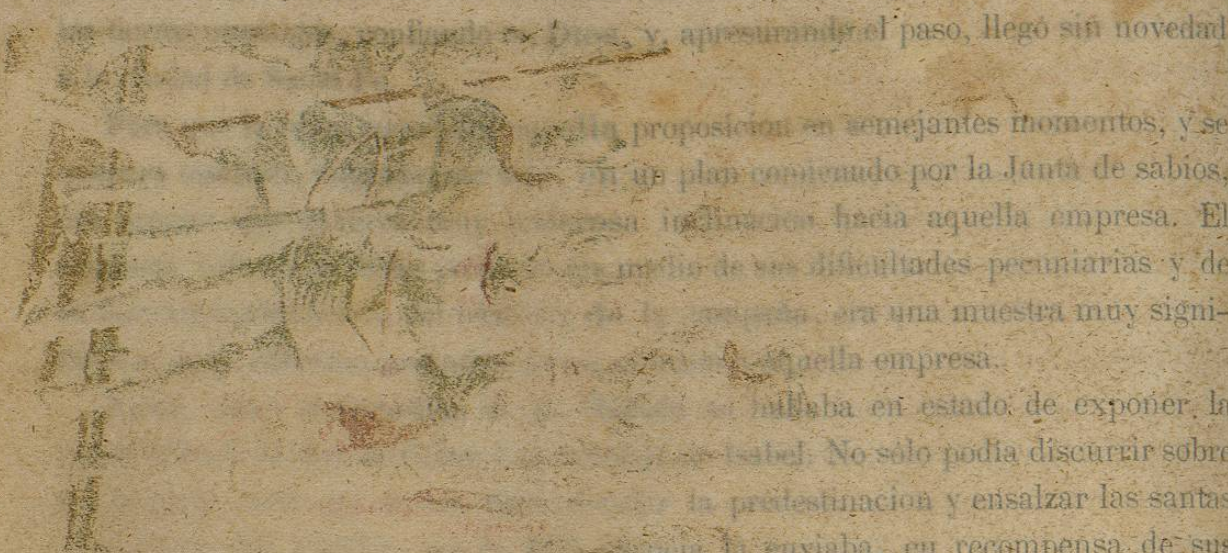
Sin acordarse más la reina de la Junta de Salamanca, fijándose solamente en los elogios dados á Colon por los dos Geraldini, el gran cardenal de España, el catedrático Diego de Deza, Alonso de Quintanilla y Luis de Santángel, y entregada sobre todo á sus primeras impresiones, encargó al padre Guardian que, sin retardo, mandara venir á Colon. Como en sus ingeniosas previsiones adivinaba Isabel sus dificultades pecuniarias, en medio de instancias por tanto tiempo infructuosas, queriendo que pudiera vestirse más á su gusto, comprar una caballería y presentarse dignamente en la Corte, le hizo entregar veinte mil maravedis en florines de oro por el agente marítimo de Palos, el alcalde Diego Prieto, quien los entregó con la carta de Juan Perez al médico Garcia Hernández, para que los recibiera Colon.

de la Rábida, y hace resaltar mejor todavia la generosidad de la familia Franciscana hácia Cristóbal Colon. Creyendo el protestante Washington Irving que todos los monasterios son opulentos y ricos sus Abades como en las novelas de Walter Scott, refiere que al recibo de la carta «el buen fraile ensilló una caballería y se puso en camino,» pero el pobre convento de la Rábida no tenia ni pasto, ni mula, ni establo; y el Padre Juan Perez debió verificar su atrevido viaje en una caballería prestada. Sin duda ignoraba Washington Irving estos pequeños pormenores. — Véanse los documentos del PLEITO, *Probanzas del Almirante. Pregunta primera.*



BOBOL: ENTREGA LAS LLAVES DE LA RÁBIDA A LOS REYES CATÓLICOS

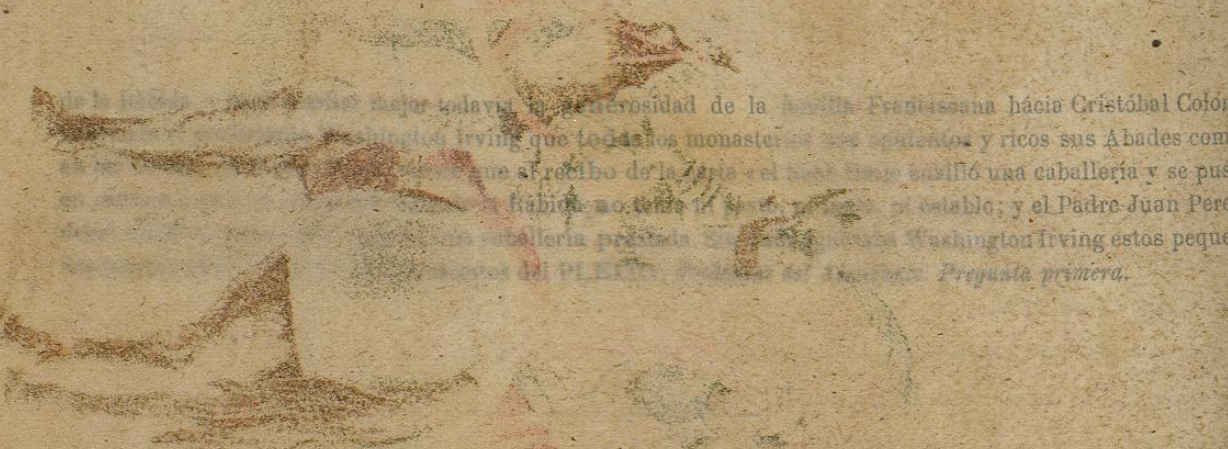
del cruce en linterna, un poco antes de media noche, a pesar del riesgo de caer en una emboscada ó en manos de mercaderes, atravesó valientemente el estrecho de Gibraltar, y apresurando el paso, llegó sin novedad



esta proposicion en semejantes momentos, y se formó un plan convenido por la Junta de sabios, para dar impulso á esta empresa. El apoyo de sus dificultades pecuniarias y de su ejecución, era una muestra muy significativa de la importancia de aquella empresa.

Isabel se hallaba en estado de exponer la causa de esta empresa. No solo podia discurrir sobre la utilidad de la empresa, y ensalzar las santas causas que la enviaba, en recompensa de sus

resultado feliz. En Salamanca, fijándose solamente en el gran cardenal de España, el gran almirante don Alonso de Quintero y Luis de Santángel, y entregada la causa al padre Guardian que, sin retardo, mandaba que como en sus seguras provisiones adivinaba Isabel sus dificultades pecuniarias, en medio de estancias por tanto tiempo infructuosas, procurando que pudiera vestirse mas á su gusto, comprar una caballería y presentarse dignamente al corte, hizo con veinte mil maravedis en florines de oro por el alvate marítimo de Palos, el alcaide Diego Prieto, quien los entregó con la carta de Juan Perez al mercader Juan Hernandez, para que los recibiera Colon.



de la historia de la generosidad de la familia Franciscana hacia Cristóbal Colon. Washington Irving que todos los monasterios de los conventos y ricos sus Abades como el de San Juan de los Rios que el abate de la casa de San Esteban envió una caballería y se puso en camino para acompañar á Colon al estable; y el Padre Juan Perez que le prestó la caballería prestada. Washington Irving estos pequeños detalles de la historia. Pregunta primera.



BOABDIL ENTREGA LAS LLAVES DE GRANADA Á LOS REYES CATÓLICOS